



LA MATERNIDAD, SIGNO DEL AMOR DE DIOS

El problema

A lo largo de la historia de la espiritualidad cristiana se ha desarrollado la idea de una dualidad de categoría entre el estado religioso que comporta, por una parte, la virginidad i por la otra, la maternidad, considerando superior el “estado de vida consagrada” respecto a la condición habitual de la común cristiana. Actualmente el desarrollo de la espiritualidad conyugal conjuntamente con la percepción teológica de las realidades terrenas y de la sexualidad humana ha conllevado el ocaso de la superioridad del celibato respecto al matrimonio. Sin embargo algunos textos postconciliares siguen contraponiendo estos dos estados como, por ejemplo, cuando se afirma que “*la vida consagrada*” permite seguir *a Cristo más de cerca* (CIC, can.573) o que en la tradición cristiana se ha hablado siempre de la *excelencia objetiva de la vida consagrada* (VC 18)- ¿Es correcto utilizar el término “vida consagrada” únicamente para los cristianos que hacen una opción a favor de la vida religiosa en una orden, congregación o instituto secular? ¿No podría ser también la maternidad, de acuerdo con los signos de los tiempos, que tuviera una singular importancia teológica?

La maternidad

Las ciencias antropológicas i bíblicas han avanzado considerablemente en el último siglo. Quizá, consecuentemente se habría de proponer una profundización sobre la teología de maternidad y de la sexualidad. Hasta el Vaticano II se afirmaba que el fin primario del matrimonio era la procreación y el secundario el remedio de la concupiscencia. Curiosamente la palabra “amor”, tan nuclear en el mensaje cristiano, estaba ausente. En la actualidad estas antiguas afirmaciones nos parecen extrañas, fruto de una época. Los hombres y mujeres se unen porque se aman, y si tienen hijos es porque se aman y no quieren apropiarse de la vida para ellos solos. Dios ha dotado a los humanos de un fuerte placer en el acto sexual, quizá el más intenso que los humanos pueden experimentar. Parece un signo divino de la celebración del amor y de la mutua donación. La relación amorosa conyugal no es un remedio de la concupiscencia como si se tratase de una debilidad vergonzosa que es necesario canalizar, sino de una bendición un ejercicio del mismo sacramento del amor que los unió en el inicio de su vida compartida.

La maternidad no es fácil. Hay mujeres que la viven como una experiencia profundamente gratificante. Otras, no pocas, la viven como un mal sueño ya por el malestar físico que puede comportar, como por la fatiga y dificultad de seguir una vida profesional con la intensidad habitual. La gestación debería ser hoy considerada, por lo menos con admiración por parte de los hombres. Como lo debería ser el parto, con las angustias, dolores y las dificultades que comporta. Y también son dignas de admiración las semanas posteriores del parto, que no dejan de ser un servicio incondicional al recién nacido.

El amor de madre. ¿Imagen del amor de Dios?

Una vez ha dado luz, incluso antes, la madre experimenta un amor radical hacia el hijo o hija. Es perfectamente constatable, excepto en el caso de la presencia de una perversión o enfermedad, que la madre genera hacia el hijo un amor incondicional para toda la vida. Todo el mundo sabe del sufrimiento y de la infinita paciencia de la madre cuando su hijo padece algo de fiebre, le cuesta dormir, llora o marranea. La educación, la alimentación, las primeras salidas de tono de la adolescencia, los problemas de juventud... y así hasta la muerte. La madre, en cuanto a madre, para los hijos es infatigable, todo lo perdona, lo da todo, todo le preocupa... aunque no reciba nada a cambio. En una nueva teología de la maternidad ¿no se podría ver el amor de madre como un signo o sacramento del amor de Dios a la humanidad? ¿No podríamos creer incluso, que el término “consagración” pertenece por derecho a todos los cristianos, ungidos, o mejor dicho, santificados en

virtud del bautismo? (LG 44). ¿No es verdad, por ventura, que somos todos los cristianos los que hemos de seguir los consejos evangélicos de austeridad, castidad y mutua obediencia? ¿No es cierto que en la Iglesia de Cristo existe una sola vocación a la santidad? Y dentro de esta vocación ¿no es el amor de madre, la maternidad, un signo particularmente eminente de esta vocación? ¿No es el amor de madre un signo particularmente evidente del ágape, la clase de amor como Dios ama el mundo? En la Biblia, en el Antiguo Testamento, en una sociedad patriarcal, Dios se manifiesta también como madre: *¿Puede una madre olvidarse de su hijo, puede abandonar el fruto de sus entrañas? Pero aunque alguna se olvidare yo nunca me olvidaría* (Is.49,15) *Como una madre consuela a su hijo, yo también os consolaré* (Is 66,13) Y todavía: *Efraim es para mí un hijo maravilloso, ¿Cómo es que después de reñirlo, todavía me acuerdo tanto? A favor de él se me conmueven las entrañas. Lo amo con ternura*” (Jr.31,20)

Después de todo lo dicho no se pretende decir que la madre se ha de dedicar en exclusiva a cuidar a los hijos, que responsablemente ha querido tener. No se le pretende asignar un rol de género. El cuidado de los hijos ha de ser compartido plenamente con el padre. Y un estado democrático ha de procurar las medidas correspondientes para que la vida profesional de las madres no se resienta más de lo necesario. Simplemente se propone elevar la sexualidad y la maternidad al máximo nivel que corresponde a la dignidad humana y cristiana; y se solicita que dentro de una urgente teología del laicado, se reflexione urgentemente sobre esta doble dimensión de las personas. ¿No sería bueno que esta nueva teología la elaborasen personas casadas?

María de Nazaret: el modelo

Según nos narran los evangelios de Mateo y Lucas (Mt 1,18ss y Lc 26-38) María era una joven próxima a casarse con José con quien había establecido un compromiso matrimonial. Quedaba poco tiempo para iniciar la vida conyugal. Es lógico imaginar qué pensaría en ello, o que incluso lo comentaría con algunas de sus amigas jóvenes ya casadas. La Madre de Dios, en este sentido, debería ser una persona normal que se preparaba para la maternidad. Ella y José aceptaron la misión que Dios les pidió. Su vida matrimonial, su matrimonio y familia, sin embargo, es única y irreplicable.

María dijo: *“soy la esclava del Señor, hágase en mí según tu voluntad”*. Es decir: se entregó totalmente a Dios. Y en esta entrega su maternidad fue muy importante. Si María no hubiera sido madre ¿qué no se hubiera pedido la humanidad?

Cuestiones para reflexionar

1. ¿Qué notas de amor te parecen que tiene la experiencia de la maternidad que hayas podido observar en las madres, o en ti mismo o mimas como persona que ha sido amada por su madre?
2. ¿Por qué te parece lícito y pertinente afirmar que el amor de una madre hacia sus hijos es un signo de del amor de Dios hacia la humanidad?
3. ¿En qué sentido crees que es necesario profundizar en la teología de la sexualidad y de la maternidad?
4. ¿Se puede afirmar hoy, según el Vaticano II que hay una vida “consagrada”, la de las personas célibes, y que no lo es la de las personas casadas?

Citas bíblicas

Os 11, 1-4;

Mt 1,18ss;

Lc 1, 26-38;

Mc 10, 1-11;

Lc 2, 41-52

Barcelona, abril de 2016